

sa, despues de haber aprendido en las universidades españolas el latin, el griego y el hebreo. Por el contacto continuo con Navarra, muy agitada en esta sazón y muy metida en las corrientes innovadoras, pudo y debió Servet adquirir aficiones al nuevo ideal, que brillaba entonces, como un cometa sangriento, en los cielos enrojecidos de Europa. Y por su larga permanencia en Tolosa, donde aun convergían muchos rayos rotos de las diversas ideas que atravesaban por las conciencias, y donde aun olian á humo las lavas no bien extinguidas de otras innumerables revoluciones, el jóven audaz é inquieto debió recibir la visita de tantos sistemas nuevos como embargaban la mente de las escuelas y el choque de tantas tempestades intelectuales como traían mas ó ménos agitada nuestra Europa. Un punto de contacto tiene con Lutero y con Calvino en su educacion el gran pensador aragonés. Así como el padre de Lutero abominó de la profesion monástica de su hijo; y el padre de Calvino pensó en consagrarle á trabajos de curia; el notario aragonés preferia, por razon de su oficio, la jurisprudencia en uso á todos los ramos del saber, para ornato y ocupacion del que debia ser gloria y orgullo de su nombre. Estudio hartó árido las fórmulas del derecho para quien soñaba con la quinta esencia de las cosas, inquiria los misterios de lo absoluto, analizaba en sus retortas las sustancias y en su razon las ideas; y con igual fe seguia el movimiento de las moléculas de nuestra sangre por el cuerpo, que el movimiento de las alas angélicas por el Empíreo, y con igual contemplacion extática observaba los astros en la noche que los arquetipos en la divinidad.

Salió de la universidad de Tolosa y se fué, acompañando al monje Quintana, confesor de Cárlos V, por Alemania y por Italia. Dígase lo que se quiera, cuando los arzobispos de Toledo patrocinaban á los traductores de Erasmo, no era mucho que los frailes adscritos á la persona y casa del Emperador, amparasen á los renovadores de Arrio. Verificó su viaje con el distinguido fraile nuestro Servet, por los años 29 y 30, en que latía un sentimiento misterioso de reconciliacion entre las dos Iglesias, para oponerse á los turcos amenazadores y salvar la quebrantada unidad del mundo cristiano.

Al paso de Servet por la region del arte y por la region del Protestantismo, las escuelas florentinas lanzaban sus últimos arpegios; el pincel cansado de Buonaroti describia el Juicio final de la Edad media en el altar mayor

de la Sixtina; el ingreso de Cárlos V en Bolonia y su coronacion, renovaba el pacto de Cárlo-Magno; reuníase la inteligencia de Alemania en la Dieta de Augsburgo; estaba en su zenit Lutero con su San Juan, ó sea Melanchton, á las plantas, escribiendo los apocalipsis de la revolucion; al eco de las trompetas angélicas se caían las piedras de la nueva Babilonia y á los llamamientos del espíritu humano se abrían los cielos y mostraban entre ráfagas tempestuosas, nuevos ideales de la ciencia y recónditos secretos del universo. Una inteligencia sintética, cual era la inteligencia de Servet, se halló con aquella hermosa Italia helenizada por el Renacimiento y aquella grande Alemania evangelizada por la Reforma. Y en una y otra region fué recogiendo las ideas que los acontecimientos y los personajes exhalaban para unirlos en su colosal sincretismo, semejante, hasta por sus errores y por sus excesos, al antiguo sincretismo alejandrino. Este carácter de su doctrina dependia del carácter de su inteligencia. Eminentemente personal é indómita no se doblaba con facilidad á la fe ajena y mucho menos se reducía de grado á la estrechez asfixiante de una escuela ó Iglesia. Ni el Catolicismo con sus grandezas históricas, ni el Protestantismo con sus dogmas recientes cautivaban ánimo como el suyo, de una incorregible independencía, la cual ni retrocedía ante los misterios, ni se amedrentaba por los sacrificios.

Como las aves viajeras, vivía en emigracion perpetua. A los comienzos de su juventud recorrió una parte considerable de España, el Mediodía de Francia, toda Italia, el centro de Alemania y el Norte de Suiza con anhelo incansable de saber, y alimentar, sabiendo, la constante actividad de su cerebro. Los problemas metafísicos le desvelaban al igual de los problemas fisiológicos. ¿Qué hay del mundo exterior y qué del mundo interior en los humanos conocimientos? ¿Qué nos da el universo material externo y qué nos da el universo material interno en cada idea? ¿Dónde acaban los sentidos corporales y empieza la razon incorpórea? ¿Qué relaciones hay entre lo ideal y lo real? La Naturaleza es como un poema de delirios, como un drama de sombras; el espacio inmenso como un papiro donde se han trazado al antojo y capricho de cualquier genio nefasto unos cuantos jeroglíficos sin ninguna significacion ni sentido; el tiempo como un reloj de arena lanzando sus granillos silenciosos á lo vacío; la vida como la exaltacion delirante de una

fiebre pútrida, si apartamos de su seno el espíritu y extinguimos los resplandores etéreos de las ideas. Todas estas reflexiones y todas aquellas preguntas brotan con espontaneidad completa en las inteligencias escudriñadoras y de vocaciones científicas. Y como brotan á una con espontaneidad natural y solo hallan respuesta en las revelaciones de la propia razon, el racionalismo natural, es decir, la libertad del pensamiento se impone por su propia virtud á las facultades humanas en el gigantesco ejercicio de obtener, guardar y difundir la verdad. La razon de Servet llevaba en su propia grandeza el seguro de su noble independencia. Inútil, pues, averiguar cuándo se dió al libre exámen. Nació pensando y pensó siempre con austera é independiente libertad.

A principios de 1531 estaba Servet en la ciudad de Basilea, situada de admirable suerte para servir cual de encrucijada general á todos estos viajeros apostólicos de la libertad y cual de foco elíptico á todas las ideas errantes á la sazón por el humano espíritu. La tragedia del período revolucionario, cuyos personajes son ideas, desarrollábase por las orillas del Rhin. Constanza, en sus fuentes asentada y Basilea en su curso, habian abrigado las grandes Asambleas constituyentes, descompuestas y perdidas por el absolutismo de los Papas; Colonia y Maguncia habian tenido los arzobispos que mayor influencia ejercieron, por desgracia, en los primeros momentos de la acción; la Holanda, en cuyos pantanos el Rhin concluye, habia dado el precursor ó Bautista, Erasmo; Estrasburgo habia visto la grande invención revolucionaria, la imprenta; y en este sitio de sus orillas se trazó tal símbolo y en aquel tal libro y en el otro tal pacto que dan con razon al río de las aguas verdes y de las viñas frondosas la denominación de río del Protestantismo, como se llama el antiguo Alfeo el río de los laureles. Basilea, situada entre Francia, Suiza y Alemania, era un lugar á propósito para la comunicación de unas inteligencias innovadoras con otras y para la elaboración de aquella doctrina sintética. En estos sitios debian tanto mas excitarse la palabra y la idea de Servet cuanto que no las recataba ni con ningun disimulo, ni con atenuación ninguna, gozándose con grande recreo y regocijo en la disputa y en la contradicción, que solian emplearse mucho, y costar, sin embargo, muy caras en aquel acalorado siglo. Si el problema de las relaciones de lo ideal con lo real resulta, en último término, el primero entre los problemas metafísicos; el

problema de las relaciones entre Dios y el Verbo resulta el primero entre los problemas teológicos. Cuanto mas se piensa en los misterios que nos rodean, mas claro resulta que las ideas son como el alma del Universo. En ellas y por ellas vemos desde los atomillos aglomerados en los pétalos de las flores hasta lo infinito y lo absoluto en esencia. Fuera de la idea no comprende nada nuestro espíritu, como fuera del aire no respira nuestro cuerpo. Montón de polvo el Universo, que los vientos arrastrarian en sus ráfagas tempestuosas, si no le diese unidad la idea. Museo de sombras la ciencia si no se contuviese toda ella en un sistema, que al fin y al cabo es una serie lógica y enlazada de ideas. Jamás con cúmulo de acciones buenas daríamos la universalidad del bien, si no lleváramos este supremo ideal de la bondad en el alma. Las especies son reales, pero el concepto de especie ó sus clasificaciones será siempre una idealidad. Las ideas se contienen unas en otras y se organizan en espirituales jerarquías, tendiendo todas, por su propia virtud, á la suprema verdad. Como nuestras vidas van á desaguar en la eternidad, nuestras ideas van constantemente á subir hasta Dios.

¿Y cómo Dios se relaciona con el mundo y cómo Dios se revela en el hombre? Hé aquí uno de los problemas que mas han atormentado al entendimiento humano desde las primeras iniciaciones de la ciencia y desde los primeros días del espíritu. Las aras que veis rotas en los caminos de la humanidad; los templos, que suben á las alturas y cortan con sus cúpulas y sus intercolumnios los horizontes; esas rotondas elevadas en los aires y semejantes á espirituales astros llenos de plegarias; esos ídolos á los cuales tantos siglos han importunado con sus interrogaciones sin respuesta, resultan cristalizaciones de la constante aspiración del hombre á penetrar la increíble armonía de lo visible con lo invisible, de lo contingente con lo absoluto, de lo finito con lo infinito, de lo mortal con lo eterno. Las ideas contienen lo múltiple y lo uno; las ideas nos dan el bien supremo, la hermosura perfecta, la verdad absoluta, es decir, la divina é incommunicable unidad. Así que llega el espíritu delante de esta unidad en alas de las ideas, se pregunta cómo puede comunicarse al hombre y al mundo; y en cuanto se pregunta cómo puede comunicarse al hombre y al mundo, surge la idea del Verbo; y en cuanto surge la idea del Verbo, surge también la idea de la Trinidad. Platon,

el filósofo de lo divino, admitió tres atributos en Dios, de los cuales resultaron luego las tres hipóstasis de los alejandrinos, copiadas al pié de la letra por los padres católicos tanto del mundo griego como del mundo romano. La divinización y apoteosis del número tres fué obra de Pitágoras, comentada por Platon, quien quiso reunir la multiplicidad de los jonios y la unidad de los eleáticos en la síntesis llamada idea. Toda idea contiene un elemento múltiple que es la materia, una unidad simple que es la forma, y una relación entre lo uno y lo múltiple que es el espíritu. La dialéctica, por la inducción entra en lo uno, por la división en lo múltiple, y por la definición en las relaciones entre lo múltiple y lo uno. El alma reproduce la unidad en la razón, la multiplicidad en las sensaciones, y el lazo entre la razón y la sensibilidad en el juicio. Las virtudes son tres, prudencia, templanza y valor. El hombre se compone de un alma, de un cuerpo, y de una vida. El cuerpo se compone de cabeza, vientre y corazón. El alma comprende una esencia divina, una esencia humana, y una esencia intermediaria. Por consiguiente, la Trinidad se halla contenida en todas las cosas y en todas las ideas, según el sistema platónico, eco del sistema pitagórico, el cual á su vez resulta eco de los sistemas indios.

¡Cuán duradero é inmanente un símbolo en la historia! Los alejandrinos, con su eclecticismo, imaginaron ser el epílogo de la sociedad helénica y fueron el prólogo de la sociedad cristiana. En su escuela el principio platónico de la Trinidad se amplía y se fija. Ellos también proclaman aquel supremo uno, especie de sol, á cuya luz todo se esclarece, y á cuyo calor se vivifica todo. Este uno, esencia de la esencia, tiene tal magnitud que no puede crear ni aun las cosas primeras, ni la materia primitiva, ni la materia orgánica, ni el alma misma del hombre. Él, en su eternidad, en su inmovilidad, en su esencialidad sobrenatural, crea y produce aquello que todo lo contiene y explica, la suprema inteligencia. De la unidad emana la virtud inteligente, y de la virtud inteligente la virtud creadora. Lo uno da las ideas, y las ideas dan los seres. El alma proyectada por todas estas fuerzas y virtudes divinas, al abrir sus grandes alas, se cierne, por algunos momentos, en el cielo infinito, y luego desciende al mundo sublunar, y entra en el tiempo y en el espacio, ni más ni menos que entra la idea en la forma y la forma en la

materia. El principio de la Trinidad nace de una curiosidad infatigable, sentida por el espíritu humano, que desea saber así la relación de lo ideal con lo real, como la relación de lo creado con lo increado, del Universo con Dios. Lo mismo que todo el Oriente ario, para poblar la inmensa distancia entre lo finito y lo infinito, idea esta escuela una hipóstasis, una sustancia, una esencia, que unida é identificada con Dios, puede, á su vez, identificarse, ó por lo menos, unirse con el mundo por misteriosa manera. Y así como la palabra no es la idea, y es lo que más á la idea se acerca; el logos, el Verbo, no es Dios mismo, en su totalidad, aunque lo sea en su esencia, y es lo que más á Dios y al mundo se acerca también. Para los sensualistas, que solo ven el principio material; ó para los místicos, que solo ven el principio divino; incógnita indescifrable Dios, en el sentir de los unos, inmensa sombra la materia en el sentir de los otros; ninguna necesidad existe de conocer y de explicar las relaciones de lo sensible con lo inteligente, del cuerpo con el alma, de la criatura con el Criador; mas para los que ven sobre las cosas creadas la inteligencia creadora, en cuyo concepto Dios no aparece solamente como el ser en sí mismo, sino también como el movimiento y como la vida, el problema de la compenetración del cosmos por esta especie de alma universal, es como la clave de todos los misterios y como la raíz de todas las grandes ecuaciones entre lo visible y lo invisible. Arrojará el sofisma las sombras que quiera sobre tal conjunto de ideas, pero siempre habrá de resultar que el cielo nos envíe lo divino como nos envía la luz y que al cielo se conviertan los pensamientos como se convierten los ojos.

La escuela de Alejandría, comprendiendo que todo ser inteligente ó sensible resulta, bien examinado, un ser complejo, llegó á descomponerlos por el análisis, y á encontrar en esta descomposición tres principios, cuya naturaleza es idéntica sustancialmente, aunque sean diversas sus determinaciones. Todo en el mundo parece doble por la contradicción; y todo lo doble se resuelve en uno por la divinidad. Lo finito y lo infinito se suman en lo mixto. En lo finito el ser se determina, en lo infinito se distingue, y en lo mixto vuelve sobre sí mismo. La existencia, la separación y la conversión: hé aquí las tres categorías del ser, que abraza lo limitado y lo ilimitado, así como la